

la cultura en la andalucía visigótica

Manuel Sotomayor

Continuidad y reconstrucción

Ya es de dominio común que hablar de arquitectura visigótica, de escultura, liturgia o cultura visigótica en general es, por lo menos, expresarse de manera ambigua y que se presta a equívocos que he querido evitar ya en el mismo título de este artículo, en el que no se habla de la cultura visigótica en Andalucía, sino de la cultura en la Andalucía visigótica. Y es que, propiamente hablando, no existe una cultura visigótica, sino una continuidad de la cultura hispanorromana, bajo el dominio de los visigodos. Por supuesto que también esta afirmación requiere alguna matización. De arte visigótico se puede hablar, si nos referimos a ciertas piezas de adorno o de guerra halladas en las necrópolis visigóticas anteriores a la abjuración del arrianismo. También, en cierto modo, refiriéndonos a algunas joyas y piezas preciosas encargadas por los reyes o por los "potentiores" del reino, aunque ya aquí haya otras influencias muy directas, como, por ejemplo, la bizantina. Pero todo lo demás que entendemos por cultura: artes plásticas, literatura, pensamiento, escuela y formación, es una continuación de la cultura autóctona hispanorromana, realizada bajo el dominio de la minoría visigoda, con los matices que veremos más adelante¹.

Si todo esto es verdad dicho del reino visigótico en su totalidad, mucho más lo es si nos referimos más restringidamente a Andalucía. Téngase en cuenta que:

1. En Andalucía los visigodos tardaron mucho en imponer su dominio, si es que llegaron a imponerlo plenamente alguna vez. Y tuvieron que emplearse a fondo para conseguirlo, en dura lucha con los hispanorromanos, reacios a someterse a los invasores, y contra los bizantinos, que llegaron a ocupar una buena parte de la zona costera.

2. Su dominio se consolidó en algún modo precisamente cuando ya se había intensificado la tendencia a la mezcla y a la asimilación, es decir, a la absorción de los visigodos por parte de la población autóctona.

(1) Cf. G. KOENIG, *Die Westgoten*, en: *Propyläen Kunstgeschichte*, Supplementband (Berlín 1979) 140-152.

3. Añádase finalmente que en Andalucía no hubo asentamiento de población civil visigoda, como la hubo en Castilla.

Hay, pues, una continuidad de la cultura hispanorromana en la Andalucía sometida a los visigodos. En la cultura andaluza de esa época, no existe influencia germánica, aunque sí se operan transformaciones propias de la evolución histórica, consecuencia de las nuevas circunstancias en que se desarrolla la vida. Hay continuidad, por tanto, en el sentido de que no hay sustitución o cambio de una cultura por otra. No en el sentido de que no haya existido ninguna interrupción. Interrupción sí que ha habido, y muy seria. Todo el siglo V y buena parte del VI constituyen una época de invasiones, correrías, guerras y destrucciones; un caos nada propicio para la actividad cultural, cuando la casi exclusiva aspiración de gran parte o de la totalidad de la población es la supervivencia. Es una larga época de decadencia cultural, de empobrecimiento generalizado, de deterioro y hasta de desaparición de las escuelas, que, por otra parte, sucede a otra época, en la que ya se había ido produciendo un incremento de la población rural, a costa de una decadencia de las ciudades.

Por todo esto, cuando en la segunda mitad del siglo VI y, sobre todo en el VII, la "paz visigótica" proporciona mejores condiciones para el cultivo del espíritu, tiene lugar una auténtica reconstrucción cultural, siendo este carácter de reconstrucción el rasgo dominante y quizá el más perceptible de toda la cultura en la España y en la Andalucía visigótica². En Andalucía especialmente, porque la Bética había quedado para siempre profundamente marcada por una honda romanización, poseía una larga tradición intelectual y el dominio de los visigodos en ella había llegado más tarde, como queda dicho.

Este cambio de circunstancias y este nuevo impulso hacia la restauración cultural puede decirse que comienza con Leovigildo (568-586), pero toma su impulso definitivo a partir de la abjuración del arrianismo, bajo Recaredo (587-601), en el 589 (III Concilio de Toledo). Desde entonces se piensa, se pretende y se procura la reconstrucción política, la reconstrucción religiosa y la reconstrucción cultural.

Bajo el signo eclesiástico

La reconstrucción, como es natural, se va a basar ante todo en lo ya antes existente: la cultura tardorromana vigente en la Península y en Andalucía al tiempo de las invasiones. Sin embargo, los tiempos habían cambiado bastante radicalmente y, aunque los elementos básicos de la cultura fuesen los antiguos, el resultado de la restauración no dejaría de traslucir algunas peculiaridades nuevas, de las cuales dos son especialmente características: el carácter fundamentalmente eclesiástico de la restauración, y una nueva sensibilidad que lleva a crear algo distinto.

(2) Para todo este tema son fundamentales las obras de J. FONTAINE, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique* (Paris 1959), 2 vols. y supl. (Paris 1983); ID., *Conversion et culture chez les Wisigoths d'Espagne*, en: *SettStudSpoleto XIV* (Espoleto 1967) 87-147.

Las escuelas municipales habían ido decayendo y el caos reinante las había hecho desaparecer. De un pueblo sin escuelas, analfabeto e inculto, no podía surgir sino un clero igualmente inculto. Los obispos advierten la necesidad de elevar urgentemente el nivel cultural y religioso del clero llamado a ser el transmisor y el mantenedor del cristianismo, por medio del culto y de la predicación (en el sentido más amplio del concepto). Por supuesto que, siendo tan bajo el nivel, en estos principios de la restauración se trata de conseguir solamente una cultura elemental y sobre todo dirigida directamente a la formación religiosa y a la práctica, a la pastoral. Así, en el canon 1 del Concilio II de Toledo (del 527 o el 531, según que se atienda a una u otra de las dos referencias cronológicas contradictorias que se han conservado en algunos códices: "año quinto del reinado de Amalarico" o "era 565") ordenan los obispos que "aquellos que la voluntad de los padres consagre al oficio clerical desde los primeros años de su infancia, una vez tonsurados o designados para el ministerio de los elegidos, se encargue de su erudición alguien destinado para ello, en la casa de la Iglesia y en presencia del obispo". Se trata principalmente de que los clérigos aprendan de memoria algunas partes de la Biblia (los salmos sobre todo), que conozcan los ritos y ceremonias litúrgicas y que lleguen a poder leer, en orden sobre todo a la lectura en público del Nuevo Testamento³.

Hay diversidad de opiniones entre algunos especialistas, sobre si la enseñanza en estas escuelas episcopales era exclusivamente eclesiástica o llevaba consigo una cierta iniciación en las materias profanas básicas que fueron el fundamento de la educación romana y que en la Edad Media lo seguirán siendo bajo los nombres de trivium y quadrivium. Creo que, no obstante la autorizada opinión contraria de Pierre Riché, parece acertado el análisis de Jacques Fontaine que pone de manifiesto la presencia en dichas escuelas de elementos fundamentales de gramática, necesarios para la lectura, sobre todo para la lectura útil y con sentido, cuando se hace en público; de retórica, en cuanto se trata de normas y método para la predicación; y, en cierto modo también, algo de dialéctica, a juzgar por los tratados y disputas contra adversarios y herejes; y así también, aunque en menor grado y más contadas ocasiones, por lo que se refiere a las ciencias del quadrivium, la aritmética, la música, la geometría y la astronomía. Por supuesto que siempre hay que contar con una gran diversidad de posibilidades y de realizaciones en las diversas localidades e Iglesias⁴.

Otros centros de cultura eclesiásticos, pero diferentes de los episcopales, fueron los monasterios, piezas fundamentales en la conservación y transmisión de la cultura clásica. Cerca de Sevilla estaba el monasterio Honoriacense, para el que compuso su regla S. Isidoro; célebre es el monasterio Agaliense, en Toledo; el de Zaragoza y el Servitano, fundado por Donato, del que nos cuenta S. Ildefonso, en su

(3) Cf. Toledo IV (633) can. 25 y 26 (bajo Sisenando); Toledo VIII (653) cap. VIII (bajo Recesvinto); Conc. Mérida (666) can. 18 (bajo Recesvinto); Toledo XI (675) can. 2 (bajo Wamba).

(4) Cf. P. RICHE, *L'Education à l'époque wisigothique: les "Institutionum disciplinae"*, en: *Estudios sobre la España visigoda* (Toledo 1971) 171-180; ID., *Ecoles et enseignement dans le Haute Moyen Age* (Paris 1979).

De viris Illustribus III: "Donato, monje de vocación y dedicación, se dice que fue discípulo en Africa de un eremita. El, dándose cuenta de que amenazaba la violencia de los pueblos bárbaros y sintiendo un fuerte temor ante la dispersión de sus ovejas y los peligros de la grey de sus monjes, se trasladó a Hispania por vía marítima, con unos setenta monjes y abundantes códices literarios. Después de proporcionarle recursos y ayuda una mujer, Minicea, de buena familia y muy devota, parece que construyó el monasterio Servitano"⁵.

Esta mención de S. Ildelfonso nos conduce a la consideración de otro elemento fundamental para la reconstrucción del saber antiguo: la existencia de códices de autores cristianos y clásicos; la existencia, pues, de bibliotecas que se conservan principalmente en los monasterios y en las grandes sedes episcopales. Alguna idea podemos formarnos de la que existió en Sevilla, cuyo contenido intenta reconstruir J. Fontaine por dos caminos: por el estudio de las fuentes inmediatas de los conocimientos de que da muestra S. Isidoro, y por los versos o dípticos que estaban escritos en las paredes de la sala-biblioteca, probablemente bajo pinturas al fresco con la imagen del respectivo autor⁶. En general, sobre los manuscritos conocidos en la España visigótica, M. C. Díaz y Díaz ha seguido otro camino, el del estudio de los códices que remontan a ambientes peninsulares de aquellos tiempos, con resultados evidentemente más seguros, aunque más limitados⁷.

Un problema se presenta aquí: hasta qué punto podía influir en el nivel cultural de los no eclesiásticos, de los seculares, unas escuelas como las episcopales y las monacales, que estaban destinadas a la formación de los clérigos y los monjes.

No se puede negar el influjo indirecto, por el efecto secundario que se sigue del mayor nivel cultural de predicadores, pastores y autores eclesiásticos. Tampoco cabe dudar de la eficacia "seglar" de tales estudios, cuando los candidatos eclesiásticos abandonaban su carrera y se incorporaban a la vida social, cultural y política, provistos del bagaje ya adquirido. En cambio, la repercusión directa en el elemento seglar, hay que decir que debió de ser mínima o nula, por lo que se refiere a las escuelas monacales, expresamente cerradas a los no monjes. No así en las escuelas episcopales, en algunas de las cuales se educan seculares llamados a formar parte de la clase dirigente.

Hay, pues, un renacimiento de la escuela, aunque fuertemente marcado por el influjo de la Iglesia, que lleva consigo una clericalización cultural, muy de acuerdo, por otra parte, con la nueva sociedad mixta que está surgiendo, en la que uno de los

(5) Edición de Carmen Codoñer (Salamanca 1972) p. 121. Esto sucede hacia 569-571, época de las invasiones mauras contra los bizantinos en el norte de Africa.

(6) Costumbre ya conocida en el siglo VI, en la biblioteca del papa Agapito y en el Laterano, bajo la representación de S. Agustín. Cf. J. FONTAINE, *Isidore de Seville*, p. 738 ss. V.a.; M. C. DIAZ y DIAZ, *Introducción general a S. Isidoro de Seville*, en: S. ISIDORO, *Etimologías*, edición bilingüe de J. Oroz Reta I (BAC 433) (Madrid 1982) 193-196.

(7) M. C. DIAZ y DIAZ, *O. c.*, p. 92-94. Ver además: M. C. DIAZ, *La cultura en la España visigótica del siglo VII*, en: *SettStudSpoleto* (Espoleto 1958) 813-844; ID., *Aspectos de la cultura literaria en la España visigótica*, en: *Estudios sobre la España visigoda* (Toledo 1971) 33-58.

elementos constitutivos es el cristianismo, juntamente con la cultura romana y bajo el impulso de la sangre nueva germánica.

No es de extrañar, por tanto, que los grandes autores del renacimiento cultural de época visigótica sean todos eclesiásticos, aunque sea obligado citar aquí también al rey Sisebuto⁸, único seglar que merece ser mencionado junto a figuras como Eutropio de Valencia, Liciniano de Cartagena, Severo de Málaga (estos dos últimos, en la zona bizantina), Leandro de Sevilla, Braulio y Tajón de Zaragoza, los Eugenio, Ildelfonso y Julián de Toledo, Juan de Biclario o Valerio de Bierzo.

Y ahora que hemos mencionado una serie de personajes ilustres de la época es la ocasión para detenernos, aunque sólo sea brevemente, en la figura central de esta reconstrucción cultural de que venimos ocupándonos.

Isidoro de Sevilla

Como es bien sabido, Isidoro pertenecía a una familia hispanorromana residente en Cartagena, de donde tuvieron que exiliarse en tiempos de la ocupación bizantina, no se sabe por qué, trasladándose a Sevilla, donde probablemente residían ya cuando nació Isidoro, el último de los cuatro hijos que tuvieron Severiano y Turtur. Sus hermanos fueron Leandro, el mayor, arzobispo de Sevilla; Fulgencio, obispo de Ecija; y Florentina, monja. Al cuidado de éstos, especialmente al de Leandro, quedó encomendado Isidoro, a la muerte de sus padres. Su educación tuvo así las características clásicas del "preceptorado familiar". En su preceptor y hermano confluyen además las aportaciones de las dos escuelas de entonces, la monacal y la episcopal, ya que Leandro fue monje primero y obispo después⁹.

Isidoro sucedió a su hermano Leandro en la sede hispalense algo antes del año 602. Presidió el Concilio II de Sevilla (619) y el IV de Toledo (633). Desarrolló una actividad político-pastoral desbordante, muy en contacto con los reyes toledanos Gundemaro (elegido a la muerte de Viterico, 610), Sisebuto (612-621), Suíntila (621-631) y Sisenando (631-636), muerto sólo unos días antes que Isidoro.

Parece increíble que en medio de tanta actividad tuviese capacidad y tiempo para realizar una obra cultural tan amplia como es la que se refleja en sus abundantes obras, que abarcan los más variados campos del saber.

Baste una ligera enumeración de sus obras:

-
- (8) Vida de Desiderio, Epístola métrica a Isidoro, otras epístolas.
(9) Las principales fuentes para S. Isidoro son: REDEMPTO, diácono de Sevilla, **Carta sobre la muerte de S. Isidoro**; BRAULIO, **Renotatio Isidori**, apéndice al de *Viris illustribus* de Isidoro; ILDEFONSO de Toledo, **De Viris Illustribus**; EPITAFIO métrico, transmitido por mss., de Leandro, Florentina y Isidoro. En cuanto a la bibliografía hay que recordar, sobre todo, las obras ya citadas de J. Fontaine y M. C. Díaz y Díaz, a las que hay que añadir la de H.-J. DIESNER, **Isidor von Sevilla und das westgotische Spanien** (Trier 1978). Cf. la recensión de J. Fontaine en: *Gnomon* 53 (1981) 779-786.

De carácter bíblico: **Los proemios**, introducción general al canon y breves prólogos a cada libro, a base sobre todo de Agustín y Jerónimo, compuesto poco después del 600; **Vida y muerte de los Padres** (De ortu et obitu Patrum), sobre los personajes mencionados en la Escritura, moralizante, escrito hacia el 600, a base de Ambrosio, Agustín, Jerónimo, a la manera de libros ya circulantes, como el Breviarium Apostolorum; **Libro de los números**, aritmología, mística aritmética de todos los números que salen en los libros de la Escritura; **Alegorías**, o Nombres de la Ley y del Evangelio, tipología y significado alegórico de más de 250 personajes del A. y del N.T., compuesto más o menos, entre 612 y 615; **Cuestiones**, comentarios alegóricos al AT, a base sobre todo de Orígenes y Gregorio Magno.

De carácter apologético: **Sobre las herejías**: catálogo con noticias muy escuetas de las diversas herejías y sectas filosóficas, a base sobre todo de S. Agustín y S. Jerónimo. No sabemos si desaparecida, al quedar absorbida en las Etimologías (si no es el texto publicado por Angel Custodio Vega); **Contra los judíos**, en tono nada agresivo, archivo de argumentos para convencer a los judíos; enemigo de la actitud dura de Sisebuto.

De carácter espiritual (vida cristiana): **Los sinónimos** ("Soliloquios"): dolor de los pecados, conversión, "oración lírica y meditación ascética" (Fontaine). Estilo de sinónimos, que se llamará en la Edad Media el "estilo isidoriano". Escrito hacia el 610; **Sentencias** (BAC 321, 1971). Llamadas también por las primeras palabras y porque refleja más su contenido, "De summo bono", con la influencia de Agustín y Gregorio Magno, sobre todo. Un epitome de toda la vida cristiana; **Regla de monjes**, compuesta entre 615 y 618, fundándose en Agustín, Casiano, Jerónimo, Vidas de Padres, etc. Conoce a S. Benito; **Sobre los oficios eclesiásticos**, compuesto entre 610-615, dedicado a su hermano Fulgencio, obispo de Eciija (liturgia y oficios de seculares y clérigos).

De carácter gramatical: **Las diferencias**, escrita alrededor del 600, con dos partes que estuvieron separadas probablemente: Differentiae verborum y De differentiis rerum (gramatical y conceptual).

De carácter histórico: **Crónica**, "Desde el comienzo del mundo hasta su tiempo, dispuesto con concisión inimaginable", como dice con toda razón Braulio. Desde el año 5813 hasta el 615, año IV de Sisebuto. Seis edades adaptando a S. Agustín. Pero afirma con seguridad que del futuro nada podemos saber, para evitar deducciones milenaristas. Imita a Jerónimo y a Víctor de Túnez; **Varones ilustres**: 33 biografías muy breves. Méritos intelectuales y literarios sobre todo, como Jerónimo. Gennadio de Marsella completó a Jerónimo e Isidoro continúa. La recensión breve es la auténtica; **Origen de los Godos e Historia de los Vándalos y los Suevos**, edic. de Rodríguez Alonso, León 1975.

Las obras de carácter enciclopédico merecen especial atención. Citemos en primer término: **Sobre la naturaleza de las cosas**, o Sobre el universo, llamado en

la Edad Media el Liber rotarum, porque lo ilustra con siete figuras, seis de las cuales son círculos o ruedas (los meses, el año, el universo, el mundo, los planetas, los vientos y el cubo de los elementos). Trata de explicar los grandes fenómenos de la naturaleza, aunque incluye numerosas interpretaciones alegóricas. Sigue mucho a Aecio, del siglo I. Compuesto el año 613. Está escrito por petición del rey Sisebuto y en muchos manuscritos aparece editado junto con la carta métrica astronómica con que le agradeció Sisebuto el libro.

Las **ETIMOLOGIAS** son la obra cumbre y más conocida y explotada por muchos siglos, comenzada al menos desde el 615 y dejada sin terminar, dedicada a Sisebuto su primera edición, muy deseada y pedida por Braulio, que recibió la última edición, aunque no terminada de pulir, que editó dividida en 20 libros. De la universalidad y amplitud de las ciencias tratadas da una idea la mera enumeración de sus títulos: sobre la gramática y sus partes, sobre la retórica y la dialéctica; las matemáticas (aritmética, música y astronomía); medicina; derecho, cronología; Sagradas Escrituras, bibliotecas y libros, ciclos, fiestas y oficios; sobre Dios, los ángeles, profetas, santos padres, etc.; Iglesia, sinagoga, herejes, filósofos y poetas; religiones; lenguas, pueblos, reinos, milicias, ciudadanos y parentescos; diccionario; el hombre y sus partes, monstruos y defectos; los animales; los elementos, mares, ríos y diluvios; geografía, ciudades, construcciones rústicas, sistemas de medida y comunicación; mineralogía y metales, pesos y medidas; agricultura; guerra, espectáculos y juegos; naves, pesca, oficios, edificios y vestidos; comida, bebida e instrumentos y ajuar doméstico y campesino.

En todas las obras de S. Isidoro se advierte la misma preocupación pastoral, el mismo deseo de compendiar, resumir, y explicar los conceptos fundamentales de todo el saber, para ponerlo urgentemente al alcance de los hombres de su época.

Entre los varios méritos de la gran obra de Isidoro, hay dos que por sí solos justifican ya la gran repercusión que tuvo en toda Europa. Y el primero de éstos es conveniente resaltarlo ahora, al terminar de tratar sobre el carácter eminentemente eclesiástico de la cultura de la época visigótica. Es éste: haber sabido revalorizar precisamente la cultura clásica profana como base necesaria que veía en peligro de desaparición. M.C. Díaz y Díaz ha señalado muy bien que su modo de proceder — sobre todo en las Etimologías— fue el contrario al que siguieron sus antecesores en la tarea de ir aceptando y apreciando la cultura pagana. Sus antecesores partían de los autores clásicos y eliminaban de ellos cuanto pensaban que podía hacer daño a la vida cristiana. Isidoro, en vez de este procedimiento de depuración, emprende el de la reconstrucción del mundo antiguo a partir de los textos depurados por sus antecesores cristianos.

Del otro gran mérito de Isidoro nos ocuparemos más adelante, dentro de la segunda característica que dejamos indicada de la restauración o reconstrucción cultural de la época visigótica.

Nueva visión y nueva sensibilidad

Las circunstancias históricas en medio de las cuales se realiza la restauración cultural imponen una visión fraccionaria de la cultura y de la realidad. Visión analítica, no sintética; como en la arquitectura, se construye reutilizando restos aprovechables de antiguos edificios. Este sistema lleva consigo una selección de esos elementos antiguos que aún se conservan y una distribución de ellos en la nueva construcción que los integra de manera diferente, sin evitar que los elementos decorativos aislados prevalezcan sobre el valor intrínseco de la construcción.

Lo mismo ocurre en la literatura. Por ejemplo, cuando decimos que Isidoro transmite a la posteridad el saber de la antigüedad, no queremos decir con ello que Isidoro haya reunido en síntesis los tratados de los autores clásicos. En la obra de Isidoro no hay síntesis; hay fragmentación del saber antiguo que presenta analizado y dividido en conceptos. Las Etimologías de S. Isidoro son como un fichero de materia, en el que se han ido yuxtaponiendo todos los conocimientos adquiridos en los más diversos autores y siempre reduciendo los conceptos a sus orígenes, a sus etimologías, porque se sigue pensando que el verdadero ser de las cosas está en sus orígenes, cuando todavía no se ha degradado.

Esta fragmentación analítica es ciertamente pobreza rudimentaria que reduce la realidad a sus elementos más esenciales. Pero, además de las ventajas pedagógicas que tal simplificación y claridad lleva consigo, supone la de ofrecer la posibilidad de una futura creación de algo nuevo, al permitir nuevas combinaciones y nuevas síntesis. Fontaine expresa esta misma idea diciendo que una vez fragmentadas las formas del pensamiento antiguo, la materia, el contenido, queda liberado y como disponible para nuevas síntesis¹⁰. Isidoro no hace la síntesis, pero la hace posible con su fragmentación del saber antiguo y de ahí su enorme contribución a la cultura europea en la que tanto influyó durante siglos.

En este aspecto de la fragmentación hay un capítulo muy importante en el que la aportación de Isidoro es primordial: la consolidación del espíritu nacionalista hispano.

Hablo de consolidación porque ya en la Hispania romana tardía existen atisbos de lo que en cierta manera podríamos llamar "conciencia nacional", en cuanto que va más allá de la propia provincia y se contrapone en algún modo o al menos no se extiende a todo el Imperio. Bien conocidos son los rasgos de este sentimiento hispano en Prudencia, Orosio e Hidacio.

Pero es evidente que para que ese sentimiento llegara a acentuarse y consolidarse era necesario por una parte una ruptura con el resto del Imperio y una unidad política territorial. Ambas cosas sucedieron con el establecimiento y consolidación del reino visigótico de Toledo, a partir de Leovigildo¹¹.

(10) Cf. J. FONTAINE, *Isidore de Seville*, p. 885.

(11) Cf. S. TEILLET, *Des Goths à la nation gothique* (Paris 1984).

¿Qué papel juega en todo este proceso Andalucía? Ya hemos hecho mención de las repetidas rebeliones en la Bética contra el dominio de los visigodos. ¿Significa esto que, dentro de la Hispania romana la Bética alberga sentimientos nacionalistas?

Todo lo contrario. El sentimiento hispano que vemos reflejado en Isidoro de Sevilla se acentúa cuando se consolida la ruptura con el resto del Imperio y la unidad de régimen territorial. Lo que sucedía en la Bética es que, por ser la más hondamente romanizada, tardaba más en asimilar esa ruptura con el Imperio romano; seguía manteniendo su identificación con él. O sea, el fenómeno de la resistencia político-cultural andaluza era un fenómeno de conservadurismo. Será Isidoro, un sevillano, el primero en superar esa disposición conservadora, en contraste incluso con su hermano S. Leandro, que había apoyado la rebelión secesionista de Hermenegildo y buscado apoyo en Constantinopla, capital del Imperio romano.

Isidoro acepta la nueva realidad. Sigue vivo en él el ideal romano, pero comprende que los tiempos han cambiado y se siente orgulloso de pertenecer a una nación grande, a la que los reyes visigodos han procurado la unidad y la independencia. De tal manera vemos que en la provincia hondamente romana de la Bética se pasa de una conciencia imperial romana a una conciencia nacionalista hispana, a una idea de España como renovación a escala más reducida, más humana y más rejuvenecida, de ese mismo mundo cultural y político¹².

En Isidoro hay ciertamente un verdadero sentimiento nacional¹³. No hay más que recordar las palabras de la introducción a su historia de los godos, introducción intitulada "De laude Spaniaë":

"Tú eres, España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y pueblos; la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el occidente hasta la India. Tu por derecho eres ahora la reina de todas las provincias, de quien reciben prestadas sus luces no sólo el ocaso, sino también el oriente. Tu eres el honor y el ornamento del orbe y la más ilustre porción de la tierra, en la cual grandemente se goza y espléndidamente florece la gloriosa fecundidad de la nación goda"¹⁴.

A este sentimiento de unidad hispana había contribuido toda la Iglesia hispana, al realizarse la conversión al catolicismo del pueblo godo, al convocar los concilios nacionales que tanto influjo tuvieron, cultural, político y religioso, y sosteniendo al rey y atribuyéndole una función sagrada.

Quizá sea posible adivinar en Isidoro dos características que no son ajenas a la manera de ser andaluza. Por una parte, algo que es todo lo contrario a una resistencia a ultranza; es decir: flexibilidad, capacidad de aceptación, con un sometimiento

(12) Cf. S. TEILLET, O. c., p. 638-639.

(13) Cf. J. FONTAINE, O. c. p. 816-817.

(14) Edición y traducción de Cristóbal Rodríguez Alonso (León 1975) p. 169.

que a la larga le lleva a influir tanto o más de lo que es influido; y por otra parte, apertura hacia afuera, más allá de las propias fronteras; es decir: una tendencia universalista. Por eso no es de extrañar que sea con Isidoro precisamente, el máximo exponente de la cultura en la Andalucía visigótica, con el que se consolida un desplazamiento de la cultura desde la periferia hacia el centro, hacia Toledo, ciudad que toma ya definitivamente el mando de todo el movimiento cultural de la Península.

El arte en la Andalucía visigótica

Hasta ahora nos hemos referido más directamente a la cultura promovida y vivida por una minoría selecta. De todo este movimiento erudito poco podía llegar a la gran masa del pueblo. Las manifestaciones artísticas, en cambio, aun conservando las características ya señaladas anteriormente como propias de la cultura de esta época, han podido llegar más directamente al pueblo en muchos casos, y en ese sentido tienen un valor de testimonio más general.

No hay dudas en ningún historiador de que la cuna del arte que florece bajo dominio visigótico es la Bética. Pero desgraciadamente poco podemos conocer directamente de ese arte, dado que la Bética precisamente, por haber estado más tiempo bajo dominio musulmán y haber sufrido más conflictos internos en la época musulmana, alcanzó un nivel de destrucción muy superior al de otras regiones hispanas; a lo que hay que añadir la escasez todavía de excavaciones arqueológicas sistemáticas. Todas estas circunstancias afectan sobre todo, negativamente, a la arquitectura¹⁵.

No queda ni una sola iglesia en pie, de época visigótica. Y sin embargo nos consta que existieron muchas. Nos consta por diversos caminos: por inscripciones (consagraciones de templos, deposiciones de reliquias, simples menciones de fundaciones); también por una respetable cantidad de piezas pertenecientes a iglesias que, más o menos fragmentarias, han llegado hasta nosotros (mesas y tenantes de altar, cancelos y barroteros de cancel, frisos, fustes de columnas, capiteles, etc.).

Gracias a inscripciones conservadas, sabemos, por ejemplo, de un obispo de Ecija que consagró cuatro iglesias en diversas partes de Andalucía: en **Medina Sidonia** (Asido) (n.º 304, año 630), en **Vejer** (n.º 305, año 644), en **Utrera** (Salpenza) (n.º 306, año 648) y en **Alcalá de los Gazules** (n.º 309, año 662). El obispo se llamaba Pinmenio¹⁶.

(15) Cf. J. FONTAINE, *El prerrománico* (Col. La España románica, 8) (Madrid 1978); P. de PALOL, *Esencia del arte hispánico de época visigoda: romanismo y germanismo*, en: *SettStudSpoleto III* (Spoleto 1956) 65-126; H. SCHLUNK-Th. HAUSCHILD, *Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit* (Mainz 1978).

(16) J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (Barcelona 1969).

Por una **inscripción granadina** sabemos de tres iglesias consagradas una en el año 577, otra en el 594, otra entre el 603 y el 610 (n.º 303).

En **Guadix** se consagró una iglesia en el año 652 (n.º 307); y en **Cabra** otra en el año 662 por su obispo Bacauda (n.º 308); en **Dos Hermanas**, el sucesor de S. Isidoro en la sede hispalense, el obispo Honorato (636-641), consagró una iglesia, probablemente en el 637 (n.º 313); del siglo VII es también la inscripción de **Loja**, que nos da noticia de la dedicación de una iglesia a los santos Pedro y Pablo (n.º 316); y hay todavía algunas inscripciones más, sin datar, pero de época visigótica, que mencionan templos en **Gines** (Sevilla) (n.º 322), **Jerez** (n.º 301 ¿año 556?), **Martos** (n.º 354), **Porcuna** (n.º 323) (¿), **Bornos** (n.º 325, probablemente del s. VII), **Córdoba** (n.º 324).

Un tal Belisario, muerto al parecer en el año 662, era fundador de una iglesia en **Espejo** (n.º 157); Cara y Modofredo aparecen como fundadores de otra iglesia en una inscripción de **Usagre** (Hispal.) (n.º 360); el abad Locuber construye iglesia con dos coros (o y dos coros), en **Ballón**, en el año 691 (n.º 312). Es decir, por inscripciones tenemos noticias de la construcción/consagración de 20 iglesias, mientras que en todo el resto de la Península están atestiguadas solamente unas 12.

En la Bética, juntamente con la Lusitania hay varias muestras de un tipo peculiar de basílica cristiana tardorromana que perduró en tiempos plenamente visigóticos. Son las célebres basílicas de ábside contrapuesto, de las que se conservan, en planta únicamente, las de Casa Herrera, en Badajoz, Torre de Palma (Monforte), en el Alto Alentejo, y las dos de la Bética: San Pedro de Alcántara y el Germo (Espiel), esta última del siglo VII. Estas basílicas de doble ábside son muy abundantes en el Norte de África a partir del siglo VI. Con ellas podemos percibir un rasgo de esa variedad de influencias que se da en la Bética del Bajo Imperio; en este caso estamos ante influencias nordafricanas¹⁷.

Un mismo tipo de influencias se advierte en un elemento constructivo-decorativo muy típico de la Bética, en donde abunda también con muy superior cantidad que en el resto de la Península y que, como las basílicas de doble ábside, comienza a producirse aquí en tiempos todavía plenamente romanos y continúan floreciendo en época visigótica. Me refiero a los ladrillos estampados que servían para cubrir las paredes y a veces la techumbre. La decoración de estos ladrillos es variada; desde escenas cristianas o profanas, hasta decoración vegetal, animal, simbólica (sobre todo el Chrismón) y meramente geométrica. Célebres son, entre otros, los que llevan la inscripción: "Bracari vivas cum tuis", probablemente de finales del siglo V o principios del VI, repartidos por toda Andalucía, y procedentes de un centro de producción localizado en el Cortijo de la Vizcondesa, en las cercanías de Ronda; o los hallados todos juntos, desprendidos del techo, en Osuna, etc.¹⁸.

(17) Cf. Th. ULBERT, *Frühchristliche Basiliken mit Doppelapsiden auf der Iberischen Halbinsel* (Berlín 1978).

(18) Cf. P. de PALOL, *Placas de cerámica decoradas paleocristianas y visigodas*, en: *Scritti di storia dell'arte in onore di Mario Salmi* (Roma 1961) 131-153.

Las artes menores, en crecimiento, sirven de fuentes de inspiración para la decoración de piezas arquitectónicas de época visigótica; así, la cerámica y estos mismos ladrillos estampados, lo mismo que las sedas de tradición saxánida y las miniaturas.

La Mezquita de Córdoba, entre otros muchos valores que encierra, tiene el mérito de haber conservado un verdadero museo de capiteles "visigóticos" reutilizados en la construcción musulmana; en algunos de ellos puede advertirse también influencia bizantina, aunque ésta fue mucho mayor en Mérida y en Toledo. Si a los capiteles conservados en la Mezquita se añaden los que se conservan todavía en las casas de Córdoba y Sevilla, la cantidad existente es absolutamente superior a la de las demás provincias de la Península. Es más: aparecen incluso nuevos tipos que son desconocidos fuera de la Bética.

Un fenómeno algo desconcertante es la presencia de unos sarcófagos peculiares de los que han aparecido varios ejemplares en una zona que queda comprendida entre los términos de Ecija, Antequera, Alcaudete y Los Pedroches de Córdoba. Por sus características estilísticas y el de Ecija incluso por sus inscripciones griegas, está claro que proceden de talleres locales, pero de artífices que han aprendido su oficio de escuelas orientales y se inspiran para su iconografía principalmente en miniaturas. Por supuesto, estas diferentes piezas no proceden del mismo taller, pero sí pertenecen a una misma corriente estilística, alrededor, muy probablemente, de un centro situado en la misma Córdoba. Una muestra más del pluralismo que existe en la cultura tardorromana de la Bética, que nada tiene que ver con el corto período de dominación parcial de los bizantinos, y que también en este caso se mantiene a través de las vicisitudes de los azarosos siglos V y VI¹⁹.

* * * * *

Para terminar, quisiera hacer unas reflexiones personales sobre algunos datos que creo se deducen del estudio de la historia cultural de Andalucía y que me parece pueden ser útiles en unos momentos como los actuales, en los que nos hallamos precisamente en tiempos de reflexión sobre nuestra propia historia.

En primer lugar, sobre el legado romano a nuestra cultura. Puesto que el legado visigótico no existe²⁰, es conveniente caer en la cuenta de que la cultura romana ejerció su influencia en la Bética desde el siglo II a. C., por lo menos, hasta mediados del siglo VIII; esto es: más de diez siglos de vida romana y a la romana.

(19) Cf. H. SCHLUNK, *Sarcófagos paleocristianos labrados en Hispania*, en: *Actas del VIII CongrIntArqCrist.* (Barcelona 1972) 187-218.

(20) No hay influjo verdaderamente germánico en nuestro arte, ni en nuestra erudición, ni en nuestra lengua, literatura, religión. Cf. R. d'ABADAL, i de VINYALS, *A propos du legs visigothique en Espagne*, en: *Sett-StudSpoleto V* (Spoleto 1958) 541-585.

En segundo lugar, esta vida cultural romana llegó a alcanzar un notable nivel en sus abundantes ciudades, lo que significa que no fue algo superficial, sino profundamente arraigado.

En tercer lugar, y no obstante lo dicho anteriormente, esta cultura de la Bética presentó pronto y duraderamente peculiaridades propias, debidas en parte a su importante substrato cultural autóctono y a la pluralidad de influencias romano-africanas y helenístico-orientales.

Por último, la cultura bético-romana, con todas sus peculiaridades, no fue nunca una cultura cerrada que se sintiera algo aparte del resto de la Península, sino una cultura abierta a toda clase de influencias pasivas y activas, como he tenido ocasión de hacer notar al hablar de S. Isidoro y es patente en toda nuestra historia posterior.

Manuel Sotomayor